

el premio consignado á los que sacan del río una persona con vida aún, rechazó el dinero y sólo pidió en recompensa de su buena acción que le permitieran criar á la criatura que acababa de salvar.

TERCER VIAJE.

LA PUPILA DEL COCHERO.—LA CALLE DEL CUADRANTE.—ENGANCHE DE DOS CARRUAJES.

La historia de Beatriz es la misma que la de tantas otras pobres muchachas. Cayendo de falta en falta, después de la muerte del sargento, y no atreviéndose á volver á su país, vino á París, donde su belleza tardó poco en llamar la atención; abandonada después por el que la había hecho madre, la miseria y el aislamiento la habían impelido á la desesperación.

Aunque muy hablador, Leonardo jamás me hubiera dicho cosa alguna de este acontecimiento, todo en honor suyo, como había hecho con la cartera que encontró, si no hubiera sido porque á fines del mismo mes de Diciembre tuve ocasión de valerme de sus servicios para hacer una visita de entrada de año.

Encontrándole vestido muy ligeramente, con un frío tan riguroso, le pregunté por qué no traía el abrigo.

—Un tunante me lo ha robado—me contestó; —sí, un tunante. Aunque las leyes no condenan

á muerte á los ladrones, ese merecía ser ahorcado. Es menester tener el alma muy mala para robar á un hombre que confía su propiedad y en las circunstancias en que me hallaba entonces. Robarlo en el momento en que uno se zambulle en el agua, no por su gusto..... cinco grados bajo cero de frío á lo menos, perdonad..... ¡pero por amor de Dios y del prójimo!..... No está uno de humor de bañarse cuando los carámbanos de hielo van en pos de la corriente.

—¡Qué!—le dije,—¿fué el día que quisisteis salvar á aquella mujer y á su hija?

Leonardo me miró sorprendido, y aquel hombre tan terrible á veces se sonrojó al mirarme. Él tenía pudor por sus buenas acciones.

—¡Vamos! ya comprendo—me dijo un momento después;—sois vos á quien Jolivet ha conducido últimamente, y á quien habéis hecho hablar de mí.

Entonces me dió nuevos detalles acerca del trágico fin de la bella Beatriz, de quien me habló con una viva emoción; y cuando le felicité por la buena resolución que había tomado de adoptar á la hija de la catalana, me contestó:

—Debía hacerlo. ¿No soy en parte la causa de la pérdida de la madre? Si la catalana no me hubiera seguido, si hubiera permanecido en su país, nada de esto hubiera sucedido. Además, toda acción buena trae, como dicen, la recompensa consigo. Empiezo á querer á esa criatura. A mi madre al principio no le agradó mucho el presente que le hice aquel día al traerle el resultado de mi pesca, y me rió grandemente, en apariencia porque yo mismo hubiera podido perecer, pero en

realidad á causa de la niña; porque ya sabéis que las personas de edad miran siempre al gasto. Una boca más, por pequeña que sea, cuando está guarnecida de dientes, alarga la cuenta del panadero.

Esto era lo que el primer día decía mi madre en voz baja. Pues bien, ya hoy no es así; está loca con la chiquilla, que le sirve de compañía cuando yo no estoy en casa, y á mi me encanta verla cuando entro, porque Julieta tiene una cara..... (la he llamado Julieta por ser el nombre de mi madre), y promete tener tan buenos ojos como la difunta, ojos que descuartizarán á un corazón cuando sea su tiempo. ¡Pobre criatura! Mucho la querré, estoy seguro. ¡Caramba! podría muy bien haber sido su padre. Ella tendría dos años más, y todo quedaba arreglado.

En aquella época era poseedor de un carrik que empezaba á ser más propio para un cochero de cabriolé que para mí, y se lo regalé á Leonardo para reemplazar el que le habían quitado de una manera tan desleal, y desde aquel día fuimos amigos, no porque Leonardo fuera interesado, sino porque era agradecido.

Cada vez que me conducía á alguna parte, me hablaba de sus negocios, de sus proyectos, de Julieta, y siempre con el mismo tono de jovialidad y de buen humor, á menos que el recuerdo de la catalana no se presentase en nuestras conversaciones.

—¡Ah! ¡caballero!—me decía un día—no puedo olvidar mi última entrevista con ella, en medio del agua, cuando sus facciones lívidas se mostraron de repente junto á mí. Baste decir que no la había vuelto á ver desde Perpiñan, cuando la en-

contré del brazo del sargento mayor, tan fresca y tan lozana como una rosa. Jamás paso por el puente de Austerlitz y por sus inmediaciones (diríais que es una tontería, pero no lo puedo remediar) jamás paso por allí sin que me parezca que el lugar en que la ví está marcado en el río. Ahora también me parece que cuando abrió los ojos me reconoció y su último pensamiento fué recomendarme á su hija. Esto no es verosímil, porque apenas podría pensar; ella estaba casi muerta, y yo no estaba en estado de ser reconocido.... Pero no importa, yo lo creo. También es verdad que quiero en extremo á esa *chiquilla*. Ahora ya no tengo amores, ya no hago farsas ni locuras; ella me ha vuelto prudente y económico.

Ella no lo sabe, podéis imaginarlo; pero antes iba tras de una y tras de otra, porque es menester divertirse; pero hoy me divierto sin eso; voy á casa, hago bailar á Julieta sobre mis rodillas, le enseño canciones, me río con todo lo que me dice de extravagante; después mi madre, que sólo entiende de costura y de hacer media, le enseña una porción de cosas, y juntos hacemos mil proyectos para el día en que la casemos. ¡He aquí una diversión agradable y barata! y me basta; hasta he dejado de concurrir á la taberna. ¡Nosotros, ya veis, tenemos tantas ocasiones de ir á la barrera! Cuando estamos allí nos decimos: «En París pagamos el vino á diez sueldos; aquí sólo cuesta seis; ganamos cuatro»: mal razonamiento por cierto, porque son seis sueldos perdidos. Ahora guardo mi dinero; bebo menos, pero tenemos mejor comida en casa, y además de vez en cuando voy á hacer

una visitilla á la Caja de Ahorros. Esto me tranquiliza respecto al porvenir, y mi madre, al menos, acabará sus días en su cama y no en el hospital.

Todo esto lo debo á Julieta. Ya veis que yo soy quien tengo que agradecerle. Cuando pienso que todo el placer que experimento hoy es efecto de la casualidad, ó más bien de la Providencia, porque al fin, si yo no hubiera pasado por los malecones en el momento en que mi pobre catalana.... ¡Y hay gentes que dicen que no hay Dios! ¡Vamos! A no ser cochero de simón, no es permitido decir tales cosas.

Dos ocasiones tuve de ver con diez años de intervalo á esta Julieta, á quien Leonardo amaba tanto y que debía someterle á pruebas tan duras.

He aquí cómo fué la primera vez.

Leonardo jamás atravesaba la calle de Montmartre sin volver hacia la del Cuadrante para continuar su camino, ora se dirigiese hacia el Boulevard, ora hacia el Malecón.

Un día que tomó por la última calle y que yo tenía prisa, le dije:

—¡Tomais el camino más largo!

—Dejadme—me contestó;—yo sé lo que hago.

Habiendo llegado á la mitad de la calle, tiró de la rienda al caballo y se detuvo.

—Excusadme, mi amo—me dijo dirigiéndome una mirada maliciosa;—pero si me permitís, voy á haceros ver algo agradable.

—Sí, con tal que no tardéis mucho.

—Inmediatamente.

Púsose á silbar con fuerza una canción antigua,

y en el mismo momento aparecieron dos personas en una ventana del cuarto piso de la casa que teníamos enfrente. Una era una mujer de edad, que con la mano hacía á Leonardo señas de inteligencia, y la otra una niña de siete á ocho años con largos cabellos negros y rizados, de una fisonomía grave y linda, según pude ver á tan gran distancia.

—La vieja..... no paréis la atención en ella..... es mi madre—me dijo Leonardo;—pero la otra.... ¿eh?—Y levantó la cabeza con tanto orgullo como un burgrave;—es ella; sólo tiene ojos y bello.

Julieta, después de haber enviado rápidamente algunos besos á mi guía, se retiró de la ventana, llena de confusión, habiendo observado que no era Leonardo sólo quien la miraba, y nosotros continuamos nuestro camino.

Hacia esta época las relaciones establecidas entre Leonardo y yo cesaron repentinamente y sufrieron una larga interrupción.

Desde la época del cólera le había perdido de vista, hasta que una casualidad me lo hizo encontrar hace poco tiempo.

Acababa de ser elegido jurado del tribunal territorial, y lo tarde que era ya me hacía desear llegar pronto á mi puesto, cuando un cabriolé vacío, muy elegante y limpio acertó á pasar por junto á mí. Hícele una seña y se detuvo.

Juzgad de mi admiración cuando en el cochero reconocí á Leonardo. Este reconocimiento puede hacerme honor como fisionomista, y apenas lo soy, porque Leonardo estaba muy cambiado. Encontréle triste y abatido; no tenía ya aquel aire de franqueza y de buen humor que le distinguía antes,

y diez años transcurridos desde nuestra última entrevista parecían haber impreso en su fisonomía los estragos de un cuarto de siglo. Sus cabellos encanecidos, sus mejillas marchitas, sus ojos apagados y los párpados azulados anunciaban la enfermedad ó los disgustos.

Echado sobre un lado del cabriolé, apenas volvió la cabeza cuando me coloqué á su lado. Le examiné con atención largo rato para asegurarme de su identidad.

—¿Adónde os conduzco, caballero?—preguntó.

—Al Palacio de Justicia.

Leonardo fijó un momento la vista en mí, sin que ni mi voz ni mis facciones pareciesen despertar en él el menor recuerdo.

—Leonardo, ¿no me conocéis?—le dije.

Miróme con atención, sonrió tristemente, y sin romper el silencio me mostró con el dedo la capa que llevaba.

Era todavía mi antiguo carrik, vuelto, arreglado, adornado con otros cuellos, con mangas nuevas, ¿qué sé yo? pero me pareció mejor que cuando se lo regalé.

—Vamos — exclamé — encuentro que habéis medrado desde que os ví la última vez. ¿Este cabriolé es vuestro?

Contestóme con un signo de cabeza afirmativo.

—¿Vuestros negocios han prosperado? ¿Debéis acaso este carruaje á la Caja de Ahorros?

Por toda respuesta hizo un movimiento con los hombros, cuya significación me fué difícil comprender.

Empecé á creer que aquel día haría yo solo el

gasto de la conversación cuando una sola palabra que pronuncié pareció volverle repentinamente toda su energía.

—¿Y vuestra pupila?—le pregunté.

—¡Mi pupila!—exclamó, enderezándose como si hubiera recibido un choque eléctrico.

—Sí, Julieta, vuestra Julieta.

Inmediatamente adiviné que había hecho vibrar en su corazón una cuerda dolorosa: su frente se arrugó, sus facciones se contrajeron, y me reconvine interiormente por haber con una palabra imprudente despertado en él un dolor reciente sin duda.

—Espero que no la habréis perdido.

—No—me contestó—no se ha perdido..... para todos. Vive.

En aquel momento, bien fuese porque mi conversación hubiera distraído demasiado á Leonardo, ó por cualquiera otra causa, un choque violento nos hizo casi saltar de nuestro asiento.

Un carruaje particular, un elegante milor, dentro del cual iban un joven barbudo y una joven muy linda vestida con elegancia, acababa de engancharse con nuestro cabriolé. Las ruedas, encajadas una con otra, no podían maniobrar; el cochero del milor, que sin duda había hecho su aprendizaje en algún simón, juró y dirigió á Leonardo un apóstrofe, al cual éste, contra su costumbre, respondió vigorosamente levantando el látigo con rabia. Parecía que se alegraba de encontrar alguno contra quien hacer recaer su mal humor.

En efecto, los dos cocheros, echándose brusca-mente uno hacia otro, estaban próximos á venir á

las manos, cuando el joven barbudo del milor sacó la cabeza repentinamente por la portezuela, diciendo:

—Esteban, ¿qué haces?

—Pero, señor.....

—¡Silencio! no tienes razón ninguna.—Y volviéndose hacia el antagonista de su cochero,—¡Cómo!—exclamó—¿sois vos, Mr. Leonardo? Perdonad, siento infinito lo que ha pasado.

Leonardo se había sorprendido, y su fisonomía, que estaba pálida como la muerte, se había vuelto de color de púrpura al ver al jóven. Éste, que había bajado de su carruaje, estrechaba afectuosamente y públicamente la mano del cochero del cabriolé entre las suyas, diciéndole:

—Si Esteban os ha faltado al respeto, será porque hace muy poco tiempo que está á mi servicio, Mr. Leonardo, y no os conoce.

—¡Oh, no hay mal alguno!—contestó Leonardo confuso é intimidado.—Cuando no se conoce á las personas..... además, nada hay que decir contra ese muchacho.

—Ya sabéis que hace muy poco tiempo que tenemos coche—dijo el joven.

—¡Y venís á vernos tan raramente, amigo mío!—añadió una voz que salía del milor.

Era la de la linda joven que se había acercado á la portezuela, y aunque sonriendo al ver á Leonardo, le dirigía una mirada de reconvención.

—¿No nos amáis ya?—le dijo.—El lunes es el día de mi cumpleaños..... espero que no lo habréis olvidado.

—¡No! ¡no!

—Cuento con que os veremos.

—Sí, sí..... trataré de ir—contestó el pobre Leonardo, más turbado y desconcertado aún á la vista de la joven que con la presencia del joven barbudo; y sin saber casi lo que hacia, se ocupó en remediar el mal, lo que consiguió, gracias á la ayuda de Esteban; en seguida, después de saludar de mala manera á la pareja, volvió á subir en el cabriolé.

—¿No me pedáis noticias de Julieta?—me dijo con aspereza;—pues bien, ahora acabáis de verla.

—¡Cómo! ¿aquella linda joven?.....

—La misma; ya veis que no ha muerto.—Y lanzó un profundo suspiro.

En el mismo instante llegamos al Palacio de Justicia. Pero como quería saber el fin de la historia, ó más bien la historia entera, dije á Leonardo que viniera á buscarme al salir del Tribunal.

CUARTO VIAJE.

LAS DOS VIUDAS.—NAPOLEÓN ILUMINADO.—UNA COFIA QUE CUESTA UN MILLÓN.

Leonardo fué exacto á la cita. Ya no parecía el mismo hombre que por la mañana. Sus ojos brillaban de animación; su tez era más clara; se mostraba aún en su colorido el rubor que repentinamente se le había subido al rostro al ver á los dos jóvenes.

Hicele esta observación, y me contestó:

—¿Qué queréis? Cuando la veo, su sola vista me embriaga por el resto del día; vuelvo á tener fiebre.

—¿La amáis mucho, según eso?

—¡Demasiado, caballero, demasiado! ¡La he amado demasiado! ¡Caramba! Cuando uno cria á un niño.....

Y se calló como si temiera decir más.

—Si no sois su padre, sin embargo os debe la vida, y el cariño se aumenta con los beneficios—le dije, como una cosa común, pero en realidad para recordarle que sabía el principio de la historia de su protegida, y excitarle á confiarme el resto.